

Presentación de *Huérfanos de Sofía*
Meta Librería (Madrid)
28 de marzo de 2014
Carlos Javier González Serrano
Palabras de introducción

Estimados amigos y amigas:

Una leve pero molesta infección gastrointestinal me impide acudir a la cita de esta tarde, posible gracias a la editorial Fórcola y a Meta Librería. Siento, además, tener que comparecer de esta manera un tanto enigmática, *nouménica* se podría decir, aunque quizás tan filosófica (el género epistolar, al fin y al cabo, constituyó todo un género filosófico hasta la aparición de los correos electrónicos).

Sólo quisiera dar las gracias muy sinceramente a Javier, editor de Fórcola, por su invitación a participar en esta presentación de *Huérfanos de Sofía*, que, en efecto, es mucho más que una mera presentación: una defensa de la filosofía en tiempos de precariedad educativa, social y económica. Es decir, tiempos en los que desean arrebatar nos la filosofía cuando más necesaria es. Por eso, y de nuevo, gracias a Javier por sumarse a este grito cada vez menos silencioso que clama por una enseñanza de calidad, de amplias miras y, sobre todo, dadora de autonomía. Ya lo he dicho en más de una ocasión: la figura del editor, al menos del que se toma su trabajo en serio, es abierta y decididamente socrática, pues pone a disposición del público lector obras con las que no sólo podrá entretenerse o pasar el tiempo (faceta de la lectura que ya muchos pensadores, entre ellos Kant, Hegel o Schopenhauer, criticaron sin tapujos), sino material con el que poder pensar y, sobre todo, a través de un ejercicio individual pero dialógico, ponerse en confrontación con uno mismo. Un buen libro nos pone en liza con nosotros mismos, nos convierte en un auténtico *Kampfplatz*, en un campo de batalla.

Lejos de lo que suele decirse comúnmente, la filosofía, por sí misma, no despierta el tan mencionado (y por algunos tan ansiado) «espíritu crítico»; hay quien lee filosofía como quien lee una novela, e incluso hay quien la lee preso de un tenebroso espíritu estético (para presumir de que la «lee»); desde luego cada uno emplea su tiempo en lo que y como quiere. Sin embargo, nuestra disciplina exige, sin caer en un rimbombante elitismo, un cultivo, una atención y un cariño que no muchos están dispuestos a desplegar. Y no se trata de conducir la filosofía de manera exclusiva a la Academia; yo mismo soy, en la teoría y en la práctica, un firme detractor de este camino parcial y meramente erudito: la filosofía debe ser exotérica, debe superar los límites de su estancamiento universitario y habitar la *polis*, preñar nuevas relaciones, fortificarlas, y cuando proceda, cuestionarlas y, en último término, romperlas.

Es por eso que mi discurso de hoy, para invitaros a leer *Huérfanos de Sofía*, libro espléndido por cuantos testimonios y consecuencias encierra, hubiera hecho hincapié en que la filosofía nos abre las puertas para ser interlocutores de nosotros mismos, que me parece lo principal, para encontrar resquicios por los que hacer de nosotros el escenario de una auténtica criba. Un movimiento, el que nos invita a hacer la filosofía, que va de dentro afuera, que recorre un tránsito imposible (como diría Hölderlin) pero siempre practicable: el del pensar.

La trampa que nos ha tendido Wert está funcionando a la perfección, o eso se desprende de los artículos que leo a diario, de las conversaciones que mantengo con colegas y amigos: ya no se discute qué es eso de la rentabilidad ni qué es eso de la educación, sino, sencillamente, si ciertas disciplinas son o no rentables, y por qué.

El debate no estriba en saber qué debe y qué no debe enseñarse; esta perspectiva es peligrosamente instrumental, utilitarista, reduce el conocimiento a una pura casuística (un asunto que, por lo demás, ya quedó zanjado con los escritos de los Horkheimer, Adorno, etc.). El debate estriba en cuál es la mejor manera de deshacernos de un Gobierno, y en concreto, de un ministro que se atreve a insinuar que el propio conocimiento necesita justificación -económica-.

La filosofía no tiene por qué justificar su utilidad; nunca lo hizo, quien se ha querido dedicar a ella lo ha hecho, desde las altas esferas o desde la más insultante pobreza. La justificación de que exista la filosofía viene dada por su mismo objeto de estudio, la propia realidad. Y es éste -y sus resultados, siempre en camino-, y no la propia filosofía -que siempre existirá, si no como disciplina, sí como ahínco o impulso humano por el puro conocer, auspiciado por el asombro y la curiosidad-, el que puede considerarse útil o inútil.

Hay que huir, de una vez por todas, de enfoques simplistas: que si la filosofía facilita el desarrollo o no del «espíritu crítico» y similares. Eso pueden darlo la historia, la sociología o las matemáticas, o el hecho de tener dos dedos de frente. La filosofía ha parido tantos espíritus críticos como dogmáticos (más si cabe de estos últimos), y no vale decir que éstos estaban «de parte de la razón», porque entonces el propio espíritu crítico muere al establecer de antemano qué es razonable y qué no.

La filosofía hemos de defenderla quienes de una u otra forma nos dedicamos a ella; aquellos que hacen campaña contra la filosofía, es curioso, sólo se acercan a su perímetro a través de manuales de autoayuda y refritos de citas (empleadas para ser recitadas en la camarilla de amigos, una práctica que, por lo visto, da un lustre incomparable).

La filosofía no es una forma de vida, como hay a quien le gusta decir (muchos de éstos se apartarían de la filosofía en cuanto sintieran que esa «forma de vida» está acompañada de largas horas de estudio y un nada desdeñable dolor de nalgas y de espalda).

La filosofía es tomar la vida con la suficiente seriedad como para molestarse en pensarla. Nada más. Nada menos. El «espíritu crítico» y el «philosophical way of life» vendrán después, pero no necesariamente, y si llegan, lo harán en silencio.

Larga vida a la filosofía. Lean *Huérfanos de Sofía*. Y visiten Meta Librería a menudo. Será la filosofía, entonces, quien os persiga de un lado a otro. Cuando haya llegado ese momento, no habrá escapatoria: los huérfanos se habrán convertido en guerreros, en guerreros de Sofía.

CARLOS JAVIER GONZÁLEZ SERRANO